

# Brian May, una sabina y un burro

Estoy profundamente agradecido al profesor Francisco Sánchez, de la Universidad de La Laguna, por el uso de las instalaciones del Observatorio del Teide durante los años 70, y por sus ánimos y apoyo durante mis visitas a Tenerife como estudiante; a mi querido Carlos Sánchez Magro, quien de manera imprescindible organizó el material, equipos y trabajo locales y me enseñó a decir palabrotas en español. Espero que finalmente esté orgulloso, Carlos, de este fruto de nuestra amistad.

Tesis doctoral de Brian May, 2007

**L**a ciencia no ha podido dar respuesta a la inmutabilidad del tiempo en la Tierra. La flecha del tiempo no deja de apuntar hacia adelante, dejándonos eternamente cautivos del futuro. Ni podemos revivir nuestra infancia, ni hablar con nuestra abuela ausente ni apostar por otros números en la lotería. No existen respuestas del todo convincentes a este enigma, pero el misterio parece poco a poco desentrañarse mirando hacia arriba, a las estrellas. Para los astrofísicos, entender el universo al que pertenecemos es comenzar a entendernos a nosotros mismos.

Inmerso en su doctorado en astrofísica, el músico Brian May visitó la isla de Tenerife en varias ocasiones, llegando a publicar un par de esos trabajos en revistas de renombre. Sin verlo venir, el despuntar de Queen como banda de éxito le forzó a interrumpir una tesis que no retomaría

hasta pasados más de treinta años. Desde el albor de los setenta, el inglés innovó con melodías creadas con técnicas originales producto de su creatividad, pero también de su conocimiento del cosmos. No perdía el tiempo: se fabricó su propia guitarra, ideó cámaras estereoscópicas o se movilizó por causas ecologistas como la de La Sabina de la isla de El Hierro.

Un hombre inquieto que nunca se olvidó de las grandes preguntas en mayúscula cuando compuso algunos de los grandes éxitos del grupo. «Quién querría vivir para siempre», escribió, aunque nos llegara con la voz de su amigo Freddie Mercury. Una disyuntiva metafísica con tantas lecturas como estrellas se conocen y con el trasfondo de la duración de la vida de los astros. El tiempo nos angustia y nos oprime, como todo lo que no entendemos. Nos recuerda finitos. Tesis e hipótesis aparte, lo que sí entendemos es que la voz de Freddie es inmortal.

Francisco nunca ha dejado de interrogar a las estrellas. Dejó atrás la docencia universitaria en Madrid para instalarse a vivir entre los rojos tajinastes y las blancas retamas de la cima del Teide. Había estudiado Físicas e impartía clases de física óptica cuando el rector de la Universidad de la Laguna le encomendó la tarea de analizar las bondades del cielo canario. Tras dos años viviendo en una cabaña sin luz, con una nevera portátil, un camping gas y un telescopio que había comprado a un aficionado catalán, no solo se percató de que Canarias tenía el mejor cielo del continente para la observación, sino que descubrió su propia vocación de astrónomo. Su aventura campestre desembocó en que España pasara de no tener ni un solo astrofísico a ser uno de los países referencia en una sola generación. Francisco fue el primer catedrático de Astrofísica de las universidades del país. Un pionero que apostó todos sus números de lotería a que la ventana perfecta hacia el espacio se encon-

traba en las cumbres isleñas. Montañas de atmósfera serena y estable, como ya había propuesto Isaac Newton.

En los orígenes, un arriero subía comida un par de veces por semana hasta el monte Izaña, donde se ubicó el Observatorio del Teide. Los burros eran cruciales en toda la logística. En esas condiciones, no era raro que nevara y que Francisco y su equipo se quedaran aislados en el observatorio, que está a 2400 metros de altitud. Los registros demuestran que ya no nieva como entonces, pero esa es otra cuestión que cada vez despierta menos interrogantes para los científicos.

Poco después, con los équidos como historia para contar y ya motorizados, la comunidad de científicos permanecía muy cohesionada. Preparaban la comida entre todos y pasaban las noches expectantes, contemplando, conversando sobre su pasión por la ciencia y las incógnitas del tiempo. Cuestión de tiempo, pasado, presente y futuro. No era época todavía de tecnología punta y trabajo remoto automatizado, pero las preguntas del presente eran las mismas del pasado. Ya sabían que los elementos químicos que componen nuestro cuerpo no se habían producido en nuestro planeta, ni siquiera en el Sol. Nacieron estrellas, explotaron como supernovas y regaron el medio interestelar de nueva materia. De ahí se formaron nuevos soles y sistemas planetarios como el nuestro. Y de ahí, nosotros. Somos polvo de estrellas y de la misma manera dejaremos de existir en algún momento del tiempo. Ni, aunque quisiera, el Sol podría vivir para siempre.

En las instalaciones tinerfeñas se generó una suerte de comuna donde todos los investigadores se implicaban en las tareas trabajando codo con codo. En la sala del telescopio convivían todos los aparatos y había que estar comprobando y midiendo constantemente, ya que cualquier despiste podía significar perder de vista el objeto de estudio.

Los datos se imprimían y los ordenadores trabajaban con papel perforado. Los disquetes ni siquiera funcionaban. Nada parecido a las conexiones de altísima velocidad de hoy en día con otros superequipamientos de alrededor del globo.

El grupo de trabajo crecía y, bajo el liderazgo de Francisco, en 1975 surgiría el Instituto Astrofísico de Canarias. Pronto, Francisco inició una obstinada peregrinación por toda Europa para atraer investigadores y telescopios a las islas. Triunfó. Diez años más tarde, se inauguró un segundo observatorio, ubicado en el Roque de los Muchachos, en la isla de La Palma. «El futuro de España depende de la ciencia. La historia se acordará de ustedes», espetó al Alto Estado Mayor apelando a su sentido patriótico en un viaje a la capital. Los rumores apuntaban a que querían dedicar las cumbres de la isla palmera a instalaciones militares por imperativos de la Guerra Fría. La mirada de Francisco pertenecía al cielo, por lo que ahí también puso el grito cuando la NASA trató de plantar las barras y estrellas sobre suelo canario con una estación militar disfrazada de observatorio solar.

Por su parte, Carlos tampoco nació en el archipiélago. Aunque se sentía castellano hasta la médula, cayó enamorado de la naturaleza y los cielos de Canarias. Al igual que su colega Francisco, llegó a Tenerife reclutado por la universidad y enseguida empezaron a trabajar juntos. De él, Francisco siempre mantuvo que fue su mejor y más eficaz colaborador. Como profesor formó a muchos grandes investigadores del presente y participó en numerosas tesis doctorales, entre ellas la de Brian May, al parecer, entre palabrota y palabrota. Carlos y el guitarrista británico conectaron al momento y su relación trascendió lo académico. Sus compañeros recuerdan que en el trabajo era una persona extremadamente minuciosa y también inquieta,

de esas que duermen de prisa para ganar tiempo. En Tenerife inventó el primer instrumento científico español que salió al espacio exterior y desarrolló un concentrador solar que significó el pistoletazo de salida de las energías renovables tanto en el archipiélago como en el país. Carlos falleció en la isla de forma repentina una semana después de la inauguración del Observatorio del Roque de los Muchachos. Tenía 41 años.

Los telescopios nos han permitido retroceder miles de millones de años con imágenes del presente. Al fin y al cabo, los humanos estamos equipados con dos ópticas pequeñas que solo captan una diminuta parte del espectro electromagnético. May dice que el Parque Nacional del Teide alimenta su espíritu. Allí congela el tiempo para acariciar el cielo y es donde le gustaría que sus cenizas fueran esparcidas.

Es posible que la acción de mirar hacia arriba represente el ansia de conocimiento que tenemos, pero también de fantasía. Jugamos a dar forma a las nubes, pero también nos cuestionamos nuestra existencia. Es apasionante. Desconocemos si llegaremos a viajar hasta los confines del universo por esos túneles de tiempo que son los agujeros negros. De momento, es solo una ecuación matemática. Si pudiéramos colocar diversos relojes sincronizados en cada rincón de esos confines, notaríamos que con el transcurso del tiempo cada uno correría de forma distinta. Carlos y Francisco compartieron vida retando al tiempo, aunque este no les trató de igual manera.

La isla conquistó el espacio cuando dio nombre a las dos primeras enanas marrones descubiertas, Teide 1 y Teide 2. Lo mismo hizo Queen cuando al asteroide 17473 se le asignó el nombre de su vocalista. En la canción *Don't stop me now*, Freddie Mercury cantaba «Estoy ardiendo en el cielo, sí (...) estoy viajando a la velocidad de la luz». La letra

cohró ms sentido que nunca. De una forma u otra, todos  
somos polvo de estrellas.

*No hay tiempo para nosotros.*

*No hay lugar para nosotros.*

*Qu es esto que construye nuestros sueos  
y aun se escapa de nosotros?*

*Quin quiere vivir para siempre?*

*Quin quiere vivir para siempre?*

*No hay oportunidad para nosotros.*

*Todo est decidido para nosotros.*

*Este mundo tiene solo un dulce momento separado para  
nosotros...*

*Who wants to live forever, compuesta por Brian May*

